



2

EL BAÚL DE LOS DISFRACES

Estaba por agachar la cabeza con decepción cuando escuché el ruido de zapatillas. Una silueta se movió detrás del auto estacionado, haciéndose visible bajo los faroles de la entrada.

—¡Ey! Alex —me saludó Harry Bentley.

Un remolino de emociones alegres se sacudió dentro de mi estómago. Le devolví el saludo, intentando actuar normal. Estaba allí. Era una de esas noches mágicas donde la suerte estaba de mi lado. Toby corrió hacia él, poniendo sus enormes patas sobre su jean gastado.

Harry le sacudió las orejas de manera juguetona.

Cada vez que lo veía me sorprendía que alguien tan lindo pudiera ser una persona real y vivir en mi mismo vecindario. Harry Bentley era mi amor secreto. Tenía un esponjoso pelo castaño claro que, dependiendo de la luz, parecía estar pintado por el sol; lindos ojos marrones, una sonrisa traviesa y una personalidad que opacaría a la de cualquier príncipe de Disney.

Esto era todo lo que sabía de él:

Era un año mayor que yo.

Su cumpleaños era el 19 de abril.

Tenía un hermano menor, Dylan, que estaba en la misma clase que Olivia.

Le gustaba el color verde y las barras de chocolate Crunch.

Su serie de televisión favorita era *Stranger Things*.

Estaba en el equipo de fútbol.

Y el hecho de que su vestimenta fuera similar a la de mi oso no era una coincidencia.

Aunque esa noche llevaba una chaqueta bombardera de un bordó más oscuro que el de mi sudadera con líneas blancas en las mangas. Le quedaba muy bien.

—Combinamos —comentó.

Controlé mi sonrisa para que no fuera más grande que mi rostro.

—Sí...

—¿Cómo va todo?

—Bien. Recién terminamos de cenar y estaba caminando con Toby —respondí—. ¿Y tú?

Mi perro pony dio otro salto sobre sus jeans antes de salir corriendo hacia un árbol. Harry y Toby se conocían bien. Mis padres le pagaban para que lo sacara a pasear cuando volvía de

la escuela. Ayudaba a que Toby no estuviera encerrado tantas horas cuando estaban en el trabajo.

—Acabo de sacar la basura.

—Alguien tiene que hacerlo —respondí ofreciéndole una pequeña sonrisa de simpatía.

Me arrepentí en cuanto lo dije. Por supuesto que alguien tenía que sacar la basura.

—Por lo general ese alguien soy yo. Al menos hasta que Dylan sea más grande —bromeó Harry.

Esa era una de las cosas que me gustaban de él. Aunque pensara que había dicho algo tonto, Harry nunca me hacía sentir de esa manera. Me moví con lentitud, deseando que hubiera una manera de poder quedarme por más tiempo, hasta que Toby tiró de la correa, ansioso por seguir.

—¿Quieres que te acompañe? La noche está ideal y puedo escuchar música al volver —se ofreció.

Asentí. Quería usar la calle de escenario y bailar de alegría. Girar y girar hasta que las estrellas giraran conmigo. Hasta podía oír la melodía dentro de mi cabeza.

Cruzamos a la calle de enfrente, en la dirección que nos llevaría de regreso a mi casa. Harry caminaba a mi lado, desenredando los auriculares que había sacado de su bolsillo.

Rápidamente, el entusiasmo en mi estómago se transformó en nervios. Cuando estaba por bailar o salir al escenario, siempre me imaginaba guardándome a mí misma dentro del baúl de los disfraces, un baúl imaginario, en mi cabeza, y rápidamente me reemplazaba por el personaje que debía interpretar cuando bailaba. Si solo pudiera hacer eso cuando estaba con Harry. Guardar a la Alex que no sabía qué decir y actuar como una chica de

catorce años que era ingeniosa y divertida. Cuando observaba a las compañeras de Harry en el colegio, ellas se veían seguras. Muchas veces estaban bromeando junto a los chicos o tomando sol sentadas contra la pared del patio.

—¿Cómo va el ballet? Escuché a mi madre decir que eres muy buena —dijo Harry.

—Bien. Me dieron el papel que quería para la próxima obra. Estoy contenta, aunque nerviosa —admití.

—Felicidades —dijo girando la cabeza hacia mí.

—Gracias.

Me pregunté cómo sería bailar frente a él. El cosquilleo en mi estómago empeoró de solo imaginarlo. Aunque no era que eso fuera a pasar. A la mayoría de los chicos que conocía no les entretenía mirar ballet.

—¿Por qué los nervios? —preguntó.

—Tengo que interpretar a dos personajes, Odette es inocente y de buen corazón, y luego esta Odile, que es cruel y engaña al príncipe del que está enamorada Odette para evitar que estén juntos.

—Si logra engañarlo, el príncipe en cuestión no parece muy inteligente —comentó Harry. Eso me hizo reír.

—Hay magia involucrada. Se ven iguales —respondí.

—Mmm, el viejo truco del cambio de identidad...

Continué riéndome sin poder parar; mi risa llenó el vacío de la calle, y se perdió en la fresca brisa de otoño. Los árboles habían comenzado a cambiar sus colores, adornando la acera con hojas en tonos rojizos. Toby olfateó su recorrido hacia uno de los troncos y enterró la cabeza en una gran pila de hojas marrones con forma de estrella.

—¿Qué vas a escuchar? —pregunté mirando de reojo los auriculares.

—Todavía no me decido. Creo que voy a ponerlo en aleatorio —respondió pensativo.

Harry finalmente logró desenredar los auriculares, y pasó los cables blancos por detrás de su cuello para que le colgaran sobre el hombro. Estábamos por llegar. Podía ver las azaleas de mi madre asomándose por los bordes del jardín. Al acercarnos, mi imaginación flotó fuera de control y dibujó una escena en la cual nos parábamos frente al pórtico de casa y Harry acercaba su rostro al mío para darme un beso de buenas noches que terminaba convirtiéndose en un beso de verdad.

Ese había sido el deseo que pedí al meter el pequeño corazón rojo dentro del oso de felpa que había hecho en Construye un oso. El deseo que le había dado vida a Kristoff/Harry. Al principio tuve la intención de desear que me aceptaran en la Royal Ballet School de Londres cuando llegara el momento de mandar mi solicitud. Pero luego pensé en aquellos brillantes ojos marrones y terminé susurrando: *Deseo que mi primer beso sea con Harry Bentley.*

Ese era el deseo que guardaba mi oso dentro de su relleno de algodón.

—Aquí estamos, la residencia Belle —anunció.

Moví mi pie contra el pavimento, preguntándome si algún día aquella escena se haría realidad.

—Gracias por acompañarme, por *acompañarnos* —me corregí.

Toby fue a saludarlo.

—No hay problema —dijo acariciando su gran cabeza—.

Toby es mi compañero de caminata favorito. Incluso tenemos nuestros lugares secretos.

—¿Como cuáles?

—Si te los dijera, ya no serían secretos —respondió ofreciéndome aquella sonrisa que no necesitaba de ningún esfuerzo para verse traviesa.

Dudé por un momento, sin saber muy bien qué decir.

—¿Y si hacemos un intercambio? ¿Un sabroso muffin a cambio de uno de tus lugares secretos? —probé—. Mi madre hace los mejores muffins. Vainilla y chocolate, arándonos...

Harry se puso los auriculares y conectó el cable a su celular.

—Un intercambio intrigante. Aunque voy a necesitar probar uno o dos muffins antes de aceptar —respondió—. ¿Trato?

—Trato.

¡Tenía un trato con Harry! Menos mal que era de noche, eso ayudaría a ocultar la expresión risueña en mi rostro.

—Buenas noches —dijo Harry dando un paso que nos acercó.

Mi corazón comenzó a ir más rápido, rápido, rápido.

Tu-tuc, tu-tuc, tu-tuc, tu-tuc.

Harry estiró su brazo hacia mí, ofreciéndome un puño para que chocara. Tardé en reaccionar, y cerré mi mano lentamente, acercándola a la suya.

—Con intención, Alex —me dijo sonriendo—. Debemos trabajar en un mejor saludo.

Asentí. Me sentía tan avergonzada que por poco me ponía la capucha de la sudadera para esconderme.

—Buenas noches —murmuré.

—Suerte con la obra.

Harry Bentley se dio vuelta, y se alejó. Incluso su silueta

era linda. Podía distinguir su esponjoso pelo y las líneas de la chaqueta.

Me quede donde estaba. El momento que habíamos compartido se sentía tan especial que quería recordar cada detalle.



La mañana del sábado dormí hasta las diez antes de compartir el desayuno con mi familia. Me encantaban los desayunos del fin de semana porque mamá solía hacer *hotcakes* de arándanos y banana con jarabe de maple. Mi combinación favorita. La de Olivia era banana, frutillas y una cantidad exagerada de Nutella.

Toby también sabía que era día de desayuno especial porque su hocico seguía encontrando mis manos debajo de la mesa, en busca de un bocado.

Mamá puso una jarra con jugo de naranja recién exprimido sobre la mesa y estiré la mano de manera atolondrada para ser la primera en servirme.

Olivia me imitó, aunque fue más lenta. Llené mi vaso y le saqué la lengua, comportándome como si yo fuera la menor en vez de ella. No podía evitarlo. Molestarla era demasiado divertido.

—Alex —dijo mamá negando con la cabeza—. Sé generosa con tu hermana.

Esta levantó los ojos en una expresión angelical que siempre conseguía derretir a mis padres. Le serví jugo y tomé un bol de almendras con yogurt. Iba a necesitar energía para las largas horas de práctica que me esperaban.

Una vez que terminamos cambié mi ropa por un leotardo azul noche y me puse mis calentadores de piernas favoritos. Mi

abuela Beth los había tejido para mí. La lana era de un tono color crema y tenía lentejuelas rosas que combinaban con el material satinado de mis zapatillas de ballet.

Papá llevó a Olivia a la práctica de fútbol y luego me dejó en el estudio de Nina Klassen. La sala blanca con piso de madera y pared espejada me era tan familiar como la sala de estar de mi casa. Probablemente por todo el tiempo que pasaba allí. La última vez habíamos ido a practicar al teatro donde serían las funciones para conocer mejor el espacio del escenario, pero estaba contenta de estar de regreso en el estudio.

Poppy Hadley ya estaba bailando, impecable como siempre. Sumi la observaba sentada en una de las esquinas.

—Buen día.

—Buen día —respondió Sumi.

Sumi tenía su estuche de marcadores y estaba dibujando una rosa sobre la base de sus zapatillas de ballet.

—Es inspiracional —dijo.

A Sumi le encantaba dibujar. Siempre tenía marcadores y su pequeño cuaderno a mano cuando debía hacer tiempo entre ejercicios. Ella también había conseguido un rol importante: la reina madre.

—¿Crees que puedas inspirarme a mí también? —pregunté—. Siento que no estoy haciendo un buen trabajo con Odile.

—Seguro.

Mi amiga tomó otro marcador y llevó la mano hacia mi brazo.

—¿Un cisne negro? —preguntó sonriente.

—Supongo que eso puede ayudar.

Me quedé quieta, viendo a Poppy deslizarse sobre la madera con una gracia difícil de igualar. Con su pelo rubio en un

recogido adornado por una flor y el leotardo blanco con tutú, se veía como la diminuta bailarina de una caja musical.

Poppy hizo una serie de pasos en *piqué*, avanzando en rápidos giros, y los repitió una y otra y otra vez, sin quitar sus ojos del espejo para poder corregirse.

—Sí que es perfeccionista —notó Sumi.

Asentí. Todos nuestros compañeros eran persistentes. El ballet requería de esfuerzo y práctica constantes. Muchas veces, los pies me dolían tanto que tenía que sumergirlos en una cubeta de agua fría con hielo. Pero Poppy Hadley era más que persistente. Si el alumno promedio repetía el mismo ejercicio ocho veces, ella lo repetía diez. Ella era *esa* clase de chica.

—Buen día —saludó Wes Mensah acercándose a nosotras—. Veo que hoy soy el último en llegar.

—Por poco. Yo llegué hace cinco minutos —respondí.

Wes era uno de los tres varones de nuestra clase y era quien interpretaría el papel del príncipe Siegfried. Tenía pelo corto y rizado y piel color caramelo. Sospechaba que a varias de las chicas les gustaba.

—Ayer me quedé jugando videojuegos con un amigo y fue difícil despertarme —dijo escondiendo un bostezo.

—Para eso son los viernes —dijo Sumi aún concentrada en dibujar sobre mi hombro.

—Y para comprar helado y ver películas —agregué yo.

—O para usar un vestido e ir a cenar a un restaurante elegante —continuó Sumi.

No podía coincidir con eso. Cuando no estaba en aquella sala, me gustaba vestir con jeans y Converse. Pasaba tanto tiempo en leotardos y tutús que cambiar de ropa se sentía bien.

—O ir al cine con un gran balde de palomitas de maíz. —Wes hizo una pausa y agregó—: Si no tienen nada que hacer podríamos organizar un grupo para ir la semana que viene.

La punta del marcador hizo presión contra mi piel. Contuve una risita. Al parecer Sumi también pensaba que Wes era lindo. De seguro pronto vería su nombre en nuestro cuaderno. Había algo tan relajado y bien intencionado acerca de él. Tenía que ser el chico más maduro que conocía.

—Me gusta esa idea —dijo Sumi casi en un susurro.

Poppy, que no dejaba de repetir giros en el centro de la sala, nos lanzó una mirada de fastidio. Wes preguntó:

—Se ve impaciente... ¿Está bien si practico con ella primero?

—Seguro, puedo empezar con otra escena —respondí.

—Voy a ir a la barra a entrar en calor —se disculpó—. Nos vemos en un rato.

Hablar con Wes era fácil. Cuando bailábamos juntos no lo veía como a un chico, sino como a mi pareja de baile. No me avergonzaba que tuviera que sujetarme de la cintura o tomar mi mano. Nuestro *pas de deux*, la secuencia de baile entre Odette y Siegfried, era, en mi opinión, una de las más encantadoras del ballet.

Las chicas del colegio solían preguntarme acerca de eso. Si era romántico o extraño. Pero no era ninguna de las dos. Era... ¿*natural*?

Aunque entendía a lo que se referían. De solo pensar en bailar de esa manera con Harry, podía sentir calor en mis mejillas.

—¡Listo! —anunció Sumi.

Incliné la cabeza hacia mi hombro. Podía ver el dibujo de un elegante cisne negro rodeado por pequeñas estrellas.

—Se ve tan bonito. ¡Gracias!

Terminé de ajustar mis zapatillas de ballet y me puse de pie. Usaría los calentadores de piernas para las primeras posiciones en la barra hasta entrar en calor. Nina Klassen siempre decía que nuestro cuerpo era nuestra única herramienta de trabajo y que debíamos prestar atención y cuidarlo.

Durante las siguientes horas no hice más que practicar. Primero sola, luego con el príncipe Siegfried, y luego sola de nuevo. Las partes en donde era Odette me salían con más facilidad. Podía empatizar con la angustia de la joven, que intentaba liberarse de la magia que la convertía en un cisne cada vez que la luna se escondía. Pero cuando llegaba la parte de Odile... Cuando debía hacer la entrada al baile real y conquistar al príncipe, era como si mi baúl de los disfraces estuviera roto. Por más que hurgara y hurgara en su oscuro interior, solo podía encontrar algunas partes en vez del atuendo completo.

Nina me corrigió tantas veces que oír su voz se convirtió en una tortura.

Para cuando decidimos terminar estaba tan transpirada que tuve que ir a las duchas del vestuario antes de poder cambiarme. Estaba por ir al estacionamiento cuando noté las luces prendidas de la sala: la elegante figura de Poppy todavía seguía allí dentro. Estaba en posición *pointe*, lo que significaba que el peso de su largo cuerpo reposaba sobre los dedos de sus pies y sus talones estaban despegados del suelo. Mantuvo la pose por unos momentos, su cuerpo una línea recta adornada por un tutú negro, y luego se dejó ir.

¿Cómo lo hace?, me pregunté a mí misma.

Me asomé a la puerta con sigilo. La música. Los pasos. Era la

escena de Odile con la que yo estaba teniendo tanta dificultad. Poppy brilló en un despliegue de encanto, moviendo brazos y piernas con una técnica precisa. En la práctica anterior, cuando hizo de Odette, su lenguaje corporal se había mostrado más vulnerable. Ahora se veía como alguien completamente diferente. Mi compañera se había transformado en la imagen segura y provocadora del cisne negro.

Me quedé observándola hasta que la escena llegó a su fin y Poppy notó que yo estaba allí.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

—Solo estaba mirando. Estás haciendo un gran trabajo —respondí.

—Gracias.

La voz de Poppy tenía su usual tono indiferente, aunque se veía contenta por el cumplido.

—Emmm... estoy... estoy teniendo problemas para hacer el cambio de cisne blanco a cisne negro —confesé sin poder detener la necesidad de compartir mis miedos—. ¿Cómo puedo representar algo que debe verse hermoso cuando lo que está haciendo es tan cruel?

Me llevé la mano a la boca, avergonzada de que la pregunta se me hubiera escapado. Poppy no parecía estar teniendo problema con ello. Admitir tal cosa me hacía creer que no estaba lista para papeles tan importantes.

—Odile también es una persona con sus propios deseos y motivaciones. Ser la hija del hechicero Von Rothbart no puede ser fácil —respondió limpiando el sudor en su cuello con una toalla—. Es el rol que le tocó jugar y debe desempeñarlo.

—No. Yo creo que es una elección —respondí.

—Supongo que lo vemos diferente.

Poppy tomó su pequeño bolso deportivo y pasó a mi lado, en dirección al vestuario. Tal vez la razón por la que no lograba interpretar a Odile era porque solo podía verla como una villana, cuando era mucho más que eso.

.....

.....